

esta doctrina y algunas otras indicaciones esparcidas como al acaso en sus escritos, relacionadas con la moral, y principalmente *a)* lo que dice acerca de la dificultad de conciliar el libre albedrío con la Providencia divina; *b)* la negación más ó menos explícita de las causas finales so pretexto de que no podemos comprender la sabiduría infinita de Dios, y *c)* su peregrina teoría acerca de la mutabilidad de las verdades eternas, la cual entraña lógicamente la negación de la necesidad é inmutabilidad del orden moral, hay derecho para suponer y sospechar que su teoría ética debía tener mucha afinidad con la de las escuelas positivistas y materialistas de nuestros días.

Para convencerse de esto más y más, basta recordar que en el libro titulado *El mundo de Descartes*, obra póstuma publicada por sus discípulos, Descartes establece el determinismo como ley absoluta y general de las cosas. Si á esto se añade la concepción mecánica de la vida, expresada en los *animales-máquinas* del mismo, y la confusión é identificación que establece entre el pensamiento y las demás funciones de la vida, no es posible desconocer que la teoría ética cartesiana, si debía estar en armonía con las exigencias de la lógica, poco ó nada tendría que envidiar á las teorías éticas de los modernos secuaces del positivismo materialista.

En su física, escribe un moderno admirador del filósofo francés, Descartes no ha hecho más que repetir á Epicuro; su fisiología tiene el mismo carácter que su física, y en ella y con ella pone término á esa invención del alma material ó inmaterial que tarbó á tantos cerebros. «En sus líneas generales, concluye el

mismo autor, su concepción del mundo, fundada sobre la extensión y el movimiento, no se diferencia del antiguo materialismo.»

## § 50.

## CRÍTICA.

Si á lo que se acaba de indicar acerca de la teoría cosmológico-física de Descartes, se añade que rechazaba la investigación de las causas finales, se verá que su teoría cosmológico-física tiene más de un punto de contacto con la doctrina y pretensiones del empirismo materialista contemporáneo.

Después de lo dicho arriba acerca de la base y caracteres generales de la Filosofía de Descartes, y después de las observaciones hechas al exponer y resumir su doctrina, creo innecesario detenerme en hacer su crítica; porque ésta queda hecha de antemano, y basta resumirla en los siguientes términos:

*a)* La Filosofía de Descartes, sin ser una Filosofía esencialmente panteísta, ni escéptica, ni sensualista, ni positivista, contiene el germen, premisas lógicas y direcciones marcadas de todos estos errores.

*b)* La importancia exagerada y exclusiva que concede al pensamiento como fenómeno subjetivo, y en general á los hechos de conciencia, colocan á la Filosofía cartesiana en la pendiente del idealismo escéptico y subjetivo, que Kant y Fichte se encargaron de ensanchar, desenvolver y afirmar.

*c)* Todas estas tendencias y afinidades, peligrosas

y funestas de suyo, lo son mucho más á causa del *virus* racionalista, del cual son derivaciones espontáneas, y que constituye en realidad el fondo substancial, la nota característica de la Filosofía cartesiana. Así, y solamente así, se explica y comprende ese concierto de alabanzas de que ha sido objeto por parte de todos los representantes del racionalismo, siquiera no pudieran menos de conocer que el mérito de Descartes como filósofo, y abstracción hecha del principio racionalista, es por demás escaso, sobre todo bajo el punto de vista de la originalidad, puesto que de otros autores y de la antigüedad, como dice Leibnitz, «sacó una buena parte de sus mejores pensamientos».

d) La incoherencia en las teorías, y la contradicción en las ideas y afirmaciones, preséntanse también con frecuencia en la doctrina de Descartes, según se ha visto; y esto puede considerarse como uno de los caracteres de su Filosofía que no habla mucho en su favor.

e) En antropología, Descartes resucita el dualismo psicológico absoluto de Platón, enfrente del dualismo psicológico relativo y sintético de la Filosofía escolástica. La separación absoluta entre el alma y el cuerpo, y la concentración ó reducción consiguiente del yo y de la persona humana al alma sola, con exclusión de cuerpo, como elemento esencial del hombre, representa el espiritualismo dualista de la Filosofía platónica, enfrente del espiritualismo concreto de Aristóteles y de los escolásticos.

Análoga exageración existe en su teoría cosmológica. El monismo panteísta dice: «El mundo, no sólo depende de Dios por parte de su existencia y esencia, sino que se identifica substancial y realmente con

Dios». El teísmo cristiano dice: «El mundo depende de la libre voluntad de Dios en cuanto á su existencia, pero no en cuanto á sus esencias reguladas por las ideas divinas, eternas é inmutables, como son eternas é inmutables también las verdades metafísicas que tienen su fundamento en las ideas divinas». Descartes dice: «El mundo depende de la voluntad de Dios, no sólo en cuanto á la existencia, sino también en cuanto á la esencia y en cuanto á las verdades metafísicas relacionadas con ésta».

En vista de todo lo dicho, no son de extrañar las reservas que Leibnitz, Bossuet, Pascal, Huet y el mismo Bayle, con otros varios, hicieron con respecto al valor de la Filosofía de Descartes. Ni han faltado racionalistas sensatos é independientes que no han podido menos de reconocer que el mérito de la Filosofía de Descartes, como Filosofía, no responde en manera alguna á la fama y ruido que ha metido. Ritter, entre otros, lo reconoce así, y á pesar del sentido racionalista que domina en su *Historia de la Filosofía moderna*, se expresa en los siguientes términos, al juzgar la Filosofía cartesiana:

«Si pasamos revista á las diferentes partes de la Filosofía de Descartes, pocas cosas nuevas encontramos en ella. Compónese en su mayor parte de ideas que en su época no podían pasar por nuevas. Las pruebas de la existencia de Dios son propiedad antigua de la escuela teológica, y Descartes ni siquiera les comunicó nueva luz.... Su principio *Cogito, ergo sum*, jamás había caído en olvido desde que San Agustín lo colocó á la entrada de la ciencia. Campanella lo había aplicado con igual vigor, y hasta los mismos escépticos france-

ses habían sentado el conocimiento de nosotros mismos como el principio de todos nuestros conocimientos. No hay fundamento para sostener que la doctrina de Descartes, á causa de su encadenamiento sistemático, sacó de este principio más que lo que habían sacado otras doctrinas que le habían empleado. Tampoco hay nada nuevo en los razonamientos por medio de los cuales pasa de la limitación de nuestro pensamiento y de la veracidad de Dios á la existencia real del mundo externo y corporal.... La manera con que se explicó sobre el problema de la unión entre el alma y el cuerpo, no hizo más que renovar la idea, emitida ya frecuentemente, de los espíritus animales como medios de unión entre los dos seres, y, aunque sin intención, prestó con esto un apoyo al materialismo.

»No es posible sostener que su doctrina, á pesar de la fuerza con que establece las ideas innatas, haya trazado una línea de demarcación exacta entre ellas y los resultados de nuestra experiencia. Al contrario....: al referir á la imaginación los conocimientos matemáticos, quitaba á sus pruebas la mayor parte de su fuerza científica. Después de todo, debe decirse que las indagaciones filosóficas de Descartes quedaron sin nuevos resultados, y que ni siquiera mantuvieron con firmeza las antiguas distinciones. Cosa es esta que se reconoce claramente, cuando se le ve considerar la sensación y las operaciones de la imaginación, unas veces como modos del pensamiento, y otras veces como fenómenos puramente corporales....

»La verdad es que, si se considera lo que hay de incoherente en las diversas partes de su sistema, y cuán pocas ideas nuevas ha enseñado que se puedan

sostener, se siente uno embarazado para explicar de dónde ha venido el suceso ó renombre de su doctrina.»

No pondremos término á esta crítica de la Filosofía de Descartes sin llamar la atención otra vez más sobre lo que ya dejamos insinuado, á saber: que su teoría sobre la omnipotencia y la libertad en Dios con respecto á la contingencia de las relaciones esenciales de las cosas y de las verdades metafísicas ó eternas, no solamente abre la puerta al escepticismo en el orden científico, sino que lleva consigo la negación del orden moral, siendo, como es, evidente que semejante teoría es incompatible con la necesidad é inmutabilidad de la ley moral. Un paso más, y la moral cartesiana se convierte en la moral del materialismo, en la moral de convención y de origen humano, bien así como su idealismo parcial y subjetivo, sólo necesita un paso más para transformarse y convertirse en el idealismo universal y escéptico de Kant, según advierte con razón Kuno Fischer.

Á causa del fermento racionalista que palpita en su seno, la Filosofía cartesiana puede considerarse como la mayor de ese silogismo inmenso que representa el proceso general de la Filosofía anticristiana y negativa de los tres últimos siglos. Nada se debe admitir como verdadero, dijo Descartes, sino lo que lleva el sello de la evidencia, y el siglo xvii no hizo más que comentar, desenvolver y aplicar esta tesis cartesiana. Vino después el siglo de Voltaire y de la Enciclopedia, y estableció la menor del gigantesco silogismo, diciendo: es así que nada de lo que hasta entonces había enseñado la Teología y la Filosofía acerca de la religión, de la moral cristiana, de la vida y muerte eterna, etc.,

llevaba el sello de la evidencia. De donde infiere hoy nuestro siglo, combinando las dos premisas anteriores, que nada debe admitirse como cierto y verdadero, sino lo que nos dicen los sentidos y lo que se refiere á la materia. Tal es la última y legítima consecuencia de la premisa racionalista sentada por Descartes (1), comentada por su escuela en el siglo xvii, y aplicada ó concretada por la Filosofía del siglo siguiente, que representa ciertamente la menor que corresponde á esa premisa.

Por lo demás, Descartes ni siquiera tiene el mérito de la originalidad real y efectiva en esta materia, por más que su nombre haya servido de bandera visible á la Filosofía racionalista en sus diferentes manifestaciones. Porque la verdad es que Descartes fué aquí eco, y eco relativamente inconsciente, de las ideas y tendencias racionalistas y anticatólicas que flotaban entonces en la atmósfera europea, gracias al choque producido en los pueblos y en los espíritus por el libre examen del protestantismo, que se había infiltrado á la callada por todas partes y en todos los órdenes de ideas.

(1) Los escritores todos que penetran en el fondo de la doctrina cartesiana, han descubierto en ésta, á través de su espiritualismo superficial y descosido, íntimas y estrechas relaciones con el materialismo. «Si hablando en general, escribe Lange, el materialismo arranca de Bacon, en cambio Descartes imprimió finalmente á esta concepción de las cosas el carácter de una explicación puramente mecánica, la cual se revela sobre todo en el *Hombre-máquina* de La Mettrie.» Sabido es que Voltaire dejó escrito que había conocido á varias personas á quienes el cartesianismo había llevado á la negación de Dios; cosa en verdad muy natural, dada la estrecha relación entre el materialismo y el ateísmo.

## § 51.

## ESCUELA CARTESIANA.

El carácter principal de la Filosofía de Descartes, como se ha visto, es el principio racionalista que la informa en casi todas sus partes. Pero el principio racionalista en la época de Descartes habíase apoderado insensiblemente de los espíritus agitados, conmovidos y solicitados por el libre examen del protestantismo, y esto explica la importancia, la universalidad relativa y la influencia preponderante que adquirió y conservó el cartesianismo por bastante tiempo.

Como toda manifestación compleja del espíritu humano que resume, absorbe y sintetiza las diversas tendencias y aspiraciones intelectuales latentes que informan una época dada, sobre todo cuando se trata de una época revuelta y de transición, la doctrina cartesiana dió origen á diferentes direcciones y teorías filosóficas, que representan la evolución más ó menos lógica y sistemática de algún punto de la Filosofía de Descartes. De aquí es que, al lado de los que pudiéramos llamar cartesianos rígidos, que se limitaron á enseñar y defender la doctrina de Descartes, encontramos otros que, tomando, ó por objetivo, ó por punto de partida, alguna idea ó teoría del filósofo francés, dieron origen á determinadas direcciones doctrinales y á sistemas filosóficos de alguna importancia relativa en la historia de la Filosofía. Pertenecen á este género y son expresión más ó menos genuína de la concepción cartesiana bajo este punto de vista, por una parte la teoría ocasionalista y la dirección escéptica, y por otro

lado el panteísmo, el ontologismo idealista y el sensualismo.

Entre los partidarios rígidos de la Filosofía de Descartes, se distinguieron y merecen citarse,

a) *De la Forge*, médico y amigo de Descartes, que escribió varias obras en sentido cartesiano, entre otras la que lleva por título: *Tractatus de mente humana, ejus facultatibus et functionibus*.

b) *Clersehier* (Claudio de), el cual ordenó y publicó algunos trabajos póstumos de Descartes, y tuvo por discípulo á *Sylvano Regis* (1632-1707), constante defensor de la Filosofía cartesiana, y autor de varias obras escritas en este sentido.

c) Algunos de los representantes principales de la escuela jansenística de Port-Royal, y entre ellos Antonio *Arnauld* († 1694), uno de los escritores más fecundos y de los polemistas más ardientes y más hábiles de aquella época, y *Nicole* († 1695), autor de los *Ensayos de moral*, publicados en 1671.

d) *Clauberg*, natural de Chartres (1625-1665), autor de la *Initiatio philosophi, seu dubitatio cartesiana*, además de otras en el mismo sentido, y Baltasar *Bekker* (1634-1698), que escribió *De Philosophia cartesiana admonitio candida et sincera*, pertenecen igualmente al número de los comentaristas y propagandistas de la Filosofía de Descartes.

§ 52.

IMPUGNADORES DE LA FILOSOFÍA CARTESIANA.

Á la cabeza de los adversarios é impugnadores del cartesianismo, merece colocarse Voët (*Gisbertus Voe-*

*tius*), ministro protestante y profesor de teología en Utrecht, el cual atacó con dureza varios puntos de la Filosofía de Descartes durante la permanencia de éste en Holanda. En tesis públicas, en folletos, libros y hasta en procesos judiciales, Voët fué el enemigo constante y acérrimo de Descartes y de su doctrina. Esta guerra de la iglesia calvinista contra Descartes perseveró y se acrecentó después de su muerte, y la Filosofía cartesiana, además de estar excluída generalmente de las universidades calvinistas, fué reprobada por el sínodo de Dordrecht, prohibiéndose su lectura á los teólogos. La universidad de Oxford prohibió también la enseñanza de la Filosofía cartesiana. Roma fué más tolerante con las obras de Descartes, pues sólo las puso en el Índice *donec corrigantur*.

Entre los protestantes de Inglaterra no faltaron tampoco impugnadores del cartesianismo, pudiendo citarse, entre otros,

a) *Cudword* (1617-1688), el cual, á pesar de sus aficiones y tendencias neoplatónicas, en su *Sistema intelectual* combatió y refutó la teoría cosmológica de Descartes, el valor de su demostración ontológica de la existencia de Dios, y también algunas otras aserciones cartesianas.

b) *More* (Enrique, 1614-1687), filósofo de tendencias neoplatónicas y cabalísticas, que mantuvo correspondencia con Descartes, impugnando algunas de sus ideas, y con particularidad su teoría cosmológico-mecánica.

c) El obispo protestante de Oxford, *Parker*, combatió la Filosofía de Descartes en un tratado *Sobre Dios y la Providencia*, en el cual aduce varias razones para

probar que la Filosofía cartesiana conduce lógicamente al ateísmo.

En Francia, los principales impugnadores de la doctrina de Descartes fueron :

a) Los jesuitas P. *Bourdin*, autor de las *Objectiones septimae*, y el P. *Daniel*, autor del *Viaje al mundo de Descartes*, especie de romance en que con gracia y talento hace una crítica tan razonada como divertida del sistema físico y cosmológico de Descartes; escribió también la *Historia de la conjuración formada en Stockolmo contra M. Descartes*, obra no menos curiosa que la anterior, pues el jesuita francés nos presenta en ella á ciertos accidentes y cualidades, que, conjurándose contra Descartes por haberles negado realidad objetiva, le condenan á muerte como novador y sectario, encargándose el calor de ejecutar la sentencia por medio de la fiebre.

b) El ya citado Daniel *Huet*, además de impugnar varios puntos ó teorías doctrinales de Descartes en su *Censura philosophiae cartesianae*, descargó sobre ésta rudos golpes, echando mano del arma del ridículo, en sus *Nuevas memorias para servir á la historia del cartesianismo* (1).

(1) En esta obra, que se publicó en París, sin nombre de autor, hacia el año de 1692, Huet supone que Descartes, engañando á los suecos, se había retirado secretamente á Sajonia, en donde tenía abierta una escuela de Filosofía, de la cual hace una descripción burlesca.

## § 53.

GASSENDI.

Entre los adversarios de Descartes, distinguióse su compatriota y contemporáneo Gassendi, que nació en Champtercier, cerca de Digne, año de 1592, y murió en 1655. Mientras que por un lado escribía invectivas contra los escolásticos y publicaba sus *Exercitationes paradoxicae adversus Aristoteleos*, por otro refutaba varias opiniones de Descartes y escribía contra sus *Meditaciones*.

Por lo demás, la Filosofía de Gassendi es la Filosofía de Epicuro y Demócrito, Filosofía que se propuso restablecer casi en toda su pureza, excepción hecha de los puntos en que la doctrina de los dos filósofos griegos se opone directamente al dogma católico, como la existencia de Dios, la Providencia divina, la espiritualidad é inmortalidad del alma humana. Fuera de estas y algunas otras tesis cristianas, incompatibles con las teorías de Epicuro y Demócrito, Gassendi marcha en pos de aquéllos, lo mismo en las ciencias físicas que en las filosóficas. Así, á la teoría aristotélica de la materia prima y de la forma substancial, Gassendi sustituye la teoría de la antigua escuela atomista, y á la teoría escolástica de la posesión de Dios como fin último de los actos humanos y perfección suprema del hombre, sustituye la teoría epicúrea del deleite ó placer, bien que esforzándose en armonizarla con los principios cristianos por medio de interpretaciones y atenuaciones. El restaurador de la doctrina de Epicuro, en vez de subordinar el *bonum utile* y el *bonum delectabile* al *bonum*